



LA CONSTRUCCIÓN DEL LECTOR

ANTONIO BASANTA REYES

LA LECTURA NO DEBE SER SÓLO UNA PRÁCTICA OCASIONAL O VOLUNTARIA, SINO EL EJERCICIO DE UN DERECHO CIUDADANO DE PRIMERA NECESIDAD, DEL QUE DERIVA BUENA PARTE DE NUESTRA LIBERTAD. POR ESTA RAZÓN, LAS ADMINISTRACIONES PÚBLICAS Y LAS INSTITUCIONES CULTURALES HAN DE LLEVAR A CABO ACCIONES BIEN PROGRAMADAS CON LA FINALIDAD DE ELEVAR LAS TASAS DE LECTURA ASIDUA HASTA EL 70 O EL 80% DE LA POBLACIÓN. TENEMOS A FAVOR EL VALOR INMENSO DE UNA LENGUA COMÚN Y UNA GRAN POTENCIA EDITORIAL.

Para la cultura y la educación española, el siglo XX ha sido, por encima de todo, el de la alfabetización masiva de la población. Con ello se truncaba una realidad dolorosa en la que, por razones económicas, sociológicas, religiosas, e incluso políticas, la mayor parte de los ciudadanos veían negado el libre acceso a la comprensión de lo escrito, quedando así cercenado su desarrollo individual y colectivo. En tal sentido, las cifras no pueden ser más elocuentes. Mientras, por poner tan sólo un ejemplo, en la Inglaterra de finales del siglo XIX el desarrollo de la educación básica había alcanzado tal nivel que prácticamente el analfabetismo había desaparecido en todas las clases sociales, tanto en hombres como en mujeres (Stone, *Literacy and Education*, Universidad de Cambridge, 1982), en España, ya

bien entrado el siglo XX, la situación seguía siendo desconsoladora: en la encuesta que realiza en 1912 el departamento de Instrucción Pública se concluye que cerca del 60% de la población desconoce por completo la lectura y la escritura; y entre las mujeres dicho porcentaje supera ampliamente el 80% (Escolano, *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990).

Pero aún es más sorprendente ver cómo dicha situación se mantiene casi inalterable durante los decenios posteriores, a pesar de los meritorios esfuerzos de algunas instituciones privadas y públicas, y de los planes previstos por la Segunda República Española, desgraciadamente paralizados ante las consecuencias de la Guerra Civil. Habrá que esperar a los años setenta! para que la circunstancia se modifique definitivamente.

La conocida Ley General de Educación Básica, promovida por el ministro Villar Palasí, es la responsable de que la totalidad de la población infantil española se escolarice y, por lo tanto, reciba las necesarias destrezas lectoras. Queda no obstante una cohorte significativa de españoles adultos y ancianos que siguen siendo analfabetos, pero es justo reconocer que la ley significa un cambio fundamental. Una ley que paulatinamente completará su proceso en los años ochenta.

UN FENÓMENO RECIENTE

Por lo tanto, hablar de una población que sabe globalmente leer es, en España, un fenómeno recentísimo, lo que tantas veces se olvida cuando se establecen comparaciones con otros países de nuestro entorno, de tradición bien distinta. E incluso cuando se valoran negativamente los índices de lectura que presenta nuestro país. Creo que el hecho de que el 50% de la población española manifieste una asiduidad lectora, tal y como rezan las últimas encuestas, es, a la luz de los datos precedentes, un motivo más para la esperanza que para el desánimo. Y sobre todo la confirmación de que un pueblo obligado inveteradamente a estar de espaldas al libro - no olvidemos que la locura de nuestro héroe literario por excelencia se

pretende curar quemando su biblioteca- manifiesta por fin una condición diferente.

Es ahora cuando debemos hacer el esfuerzo definitivo porque dicha circunstancia dé paso en España a la existencia de una sociedad plenamente lectora. Y hacerlo con eficacia y prontitud, pues el entorno está cambiando vertiginosamente y no todas los nuevos escenarios son igualmente propicios al nacimiento de la práctica de la lectura. Al tiempo, como reacción aparentemente contradictoria, la lectura sobra carta de naturaleza en la nueva sociedad y se confirma como la herramienta básica del conocimiento.

EL HECHO DE QUE EL 50% DE LA POBLACIÓN ESPAÑOLA MANIFIESTE UNA ASIDUIDAD LECTORA ES MOTIVO DE ESPERANZA, DADO LO RECIENTE DE NUESTRA ALFABETIZACIÓN GENERAL.

Se está rompiendo la unidad básica sobre la que la lectura se fundamenta. Una unidad que radica en la palabra, en su capacidad asombrosa de significado, en su inmenso potencial para transmitir historias, crear sugerencias, alimentar sueños y cultivar la imaginación. En las sociedades no alfabetizadas, tan inmersas en la cultura oral. La palabra era el centro. Ella unía o separaba, cerraba tratos o establecía promesas. Abría horizontes y vinculaba las personas. De ese modo, cuando el analfabeto accedía a la lectura de los textos, quien seguía siendo el contenedor esencial de los significados era la palabra, con todo su poder connotativo y denotativo.

De un tiempo a esta parte, en el recinto que habitaba la palabra se asienta el imperio de la imagen. Y, por ser aún más preciso, de la imagen en movimiento, con esa capacidad de seducción tan especial que



C. BARRIOS

La escasez de bibliotecas escolares en España es un hecho inexplicable.

la misma posee. Una imagen a la que además se accede prácticamente sin ningún esfuerzo - la lectura siempre lo requiere - desde una condición de pasividad tan reñida con la actividad que todo proceso lector significa. Y que lo inunda todo, con un poder devastador. A la ordenada construcción del pensamiento, a que tanto contribuye la práctica lingüística, como diría José Antonio Marina, ha sucedido la caótica sucesión de imágenes, con su especial predilección por la velocidad y el cambio. Todo adquiere cada vez mayor aceleración y todo se diluye con la facilidad del olvido. Y el contacto con ese mundo lo establece el ciudadano desde sus primeros balbuceos. A la presencia soberana de la televisión se añade recientemente la de la pantalla del ordenador. Así, cuando el niño accede a la lectura, tiene firmemente construido su mundo audiovisual. Y muchas veces le pide a lo impreso que le dé lo mismo que le ofrece su conocido universo de imágenes en movimiento. ¿Será ésa la razón que esté provocando que buena parte de nuestros niños y jóvenes lectores sólo demanden libros de acción, cargados de diálogo, como si fueran meros trasuntos de guiones cinematográficos?

Además el tiempo que se ha usado para percibir tal aluvión de

imágenes es tiempo hurtado a la oralidad, tan reducida que, especialmente en las sociedades urbanas, es casi una especie en extinción.

Al mismo tiempo, esa sociedad audiovisual se está poblando de infinidad de mensajes textuales, a lo que tanto contribuye la difusión de las nuevas tecnologías. Vivimos rodeados de imágenes, pero también repletos de textos. Y para la discriminación de una y otra, la lectura es la llave fundamental. El acceso a la nueva sociedad de la información que estamos construyendo y en la que coinciden las profecías de cuantos nos anticipan el inmediato futuro sólo lo franquea una práctica cultural: la lectura.

UN DERECHO CIUDADANO

O leemos - es decir, sabemos leer, podemos leer y queremos leer - o quedamos abandonados a una nueva sumisión, quien sabe si todavía más esclavizadora que la del clásico analfabetismo. Y es que la lectura ya no debe ser tan sólo una práctica ocasional o voluntaria, sino el ejercicio de un derecho ciudadano de primera necesidad, del que deriva buena parte del ejercicio de nuestra libertad. Permitir que todos accedamos a ella, que cultivemos y enriquezcamos su práctica, es, en



C. BARRIOS

La afición por la lectura se promueve desde la más tierna infancia.

suma, una responsabilidad civil básica.

Por todo ello, creo que hemos de avanzar, lo más extensamente posible, en la propagación de la lectura. En España, como vimos, ya hemos hecho el considerable y necesario esfuerzo estructural. Mantengamos pues la tensión y pongamos en marcha, de una vez por todas, las acciones que se requieren. Sabemos lo que tenemos que hacer: sólo falta el compromiso de realizarlo. Y la tarea es absolutamente posible. Elevar significativamente el nivel lector de nuestra sociedad no es una quimera, sino una certeza que, bien planificada, dará frutos espectaculares en poco tiempo. ¿Por qué no aspirar a que, mediante la acción bien programada y la adopción de las medidas imprescindibles, España, en los próximos veinte años, alcance tasas de lectura asidua en torno al 70 u 80 por ciento del total de su población? ¿Por qué no pretender que el libro y la lectura detenten un papel fundamental en la formación de nuestros jóvenes o cumplan su extraordinaria función en esos nuevos retos asociados al crecimiento de la población anciana?

A diferencia de otros países, en España tenemos a favor el valor inmenso de nuestra lengua común. Y la potencia editorial de una nación que presenta una oferta bibliográfica inigualable en extensión, variedad y

calidad. Y aún más: existen en España las suficientes experiencias, y sobrada reflexión en torno a ellas, como para conocer el camino por el que hemos de transitar, como para creer con fundamento que es seguro alcanzar la meta. Si, en el plazo de los próximos años, en España no aumentan las tasas lectoras tal vez sea tan sólo porque no existió la voluntad necesaria o porque se han seguido desperdiciando los esfuerzos.

A todo ello me anima mi experiencia de casi veinte años al frente de una institución privada, la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, volcada tenazmente en la promoción de la lectura. Y la certeza de ver diariamente los resultados allá donde existen nuestros centros técnicos: la realidad lectora de una ciudad como Salamanca ha cambiado por la acción concertada de cuantas bibliotecas en ella existen, pero también y muy decisivamente por la contribución de nuestro Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil. Aún es más sugerente lo que ha ocurrido en otro de nuestros emplazamientos, Peñaranda de Bracamonte, un pueblo de la meseta castellana donde la práctica lectora en el conjunto de la población está, tras diez años de esfuerzo sostenido, muy por encima de cualquiera de las medias de cualquier población urbana española.

El secreto, si es que lo hay, es bien simple: en primer lugar, mantener la continuidad de los programas, muchos de ellos iniciados hace ya más de quince años; por otra, servirse de la labor de profesionales dedicados por entero a su labor y que, a los siempre necesarios aspectos vocacionales, unen una sólida formación. A todo ello habría que unir el contacto continuo con las escuelas, la existencia de multitud de programas dirigidos a todos los hogares, el acompañamiento continuo del libro en cualquier circunstancia, aun cuando los lectores estén enfermos u hospitalizado. Y, por encima de todo, nuestra contribución a la creación de una sólida red de bibliotecas escolares, factor clave para el cambio.

La práctica inexistencia de las bibliotecas escolares en España es tan inexplicable como escandalosa. Y no habrá proyecto de lectura que triunfe si no parte por revertir tan vergonzosa situación. La biblioteca escolar es el espacio idóneo, - abierto además al conjunto de la comunidad -, donde la lectura prenderá de una forma eficaz y duradera

Hoy, por parte de la Administración cultural y educativa, volvemos a escuchar voces que resucitan la idea de un Plan Nacional de Fomento de la Lectura. Y nos consta que se están ya dando los pasos para que éste se plasme en realidad. Ojalá esta vez sea la definitiva. Que se consiga un trabajo en común entre las instituciones públicas y privadas y que la lectura ocupe por fin el lugar que le pertenece. La ocasión es extraordinaria y la tarea urgentísima. Por delante nos queda la transformación definitiva de nuestra sociedad y, de conseguirlo, la satisfacción de haber contribuido a una de las empresas culturales más beneficiosas y necesarias.

ANTONIO BASANTA REYES ES DIRECTOR GENERAL DE LA FUNDACIÓN GERMAN SANCHEZ RUIPEREZ